

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA



NUEVA HISTORIA DE LA NACIÓN ARGENTINA

TOMO IV

PLANETA

2. LA INMIGRACIÓN

Fernando J. Devoto

Aunque en el imaginario de los argentinos la inmigración europea comienza en la década de 1880, o a lo sumo en la etapa abierta con la derrota de Rosas en Caseros, el fenómeno reconoce raíces mucho más antiguas. Desde luego que estaba en lo cierto Bartolomé Mitre cuando indicaba a la inmigración como un fenómeno constitutivo de la sociedad argentina, desde sus mismos orígenes coloniales.

Durante demasiado tiempo los historiadores americanos o europeos se esforzaron por distinguir entre los movimientos migratorios del Antiguo Régimen y aquellos más recientes que habrían sido abiertos por las transformaciones económicas que acompañaron a la industrialización europea. La distinción es insostenible; las migraciones europeas son mucho más antiguas que los procesos de transformación social y económica abiertos a fin del siglo XVIII y reconocen sus raíces en la baja Edad Media, para los movimientos intraeuropeos, y en el mismo siglo XVI, para los movimientos transatlánticos. Las mismas razones individuales y los mismos mecanismos migratorios impulsaban a los movimientos de peninsulares que se desplazaban al Nuevo Continente tras la finalización de la fase propiamente militar de ocupación de los nuevos territorios americanos (y a veces aun en con-

temporáneo con éstas) y a los campesinos sudeuropeos que se movían en grandes cantidades a fines del siglo XIX. Las mismas imágenes generaban en sus contemporáneos, “deseo de mejor fortuna”, “espíritu de aventura”, “miseria”: he ahí los rótulos más comunes para explicar las razones de un éxodo. Los mismos problemas se enfrentaban para tomar la decisión de emigrar. En primer lugar, a dónde ir (lo que remitía a la cuestión crucial de la información disponible), luego a través de qué medios y de dónde obtener los recursos (lo que remitía al papel de los sistemas de transporte y de los sistemas de financiación de la experiencia). Amigos, parientes y agentes —más o menos informales— adquirirían toda su importancia para resolver muchos de los problemas concretos del viaje y de la instalación en el nuevo país.

Lamentablemente, para el caso argentino, una notable diferencia existe a la hora de estudiar las migraciones tempranas y aquéllas de fines del siglo XIX: la carencia de material estadístico que permita cuantificar, establecer regiones y ocupaciones de los primeros inmigrantes. Las estadísticas migratorias argentinas comienzan en 1857 y las de los países que dieron un mayor aporte al contingente migratorio, España e Italia, aún más tarde, en 1882,

la segunda, en 1876, la primera. Los censos nacionales que permiten indagar el stock de migrantes y no el flujo comienzan en 1869 y, aunque otras fuentes nominativas pueden ser empleadas, existen en el estado actual de los estudios dificultades de diversa índole para arribar desde ellas a un cuadro de conjunto. Esto obliga a tratar a ambos movimientos con estrategias de investigación diferentes y ello influye en parte en la distinta imagen resultante que se suele construir de las mismas.

Un fenómeno tan vasto como el que indaga este capítulo requiere, preliminarmente, algunas delimitaciones. Ante todo, cronológicas. Aunque la emigración europea a la Argentina sea un fenómeno plurisecular, este trabajo se detendrá en el período comprendido, aproximadamente, entre 1830 y la Primera Guerra Mundial. La primera fecha ve resurgir la migración europea tras el largo paréntesis impuesto por las guerras de independencia y la hostilidad hacia los españoles, hasta entonces principal contingente inmigratorio. La fecha de finalización es algo más arbitraria, ya que un movimiento amplio, de similares características, se prolonga hasta fines de la década de 1920. Sin embargo, también aquí, el contexto de plena libertad de emigrar que había caracterizado a los distintos mercados de trabajo americanos entre los siglos XIX y XX sufre, en los años veinte, plenamente el impacto de las medidas restrictivas impuestas por los Estados Unidos. Ello hace que, aun si los volúmenes de inmigración se mantienen altos en algunos grupos (y a la vez se incorporan otros nuevos), el perfil difiera del anterior, en tanto se trata de personas cuya opción está más condicionada por aquella situación. Es decir que se trata de migrantes que se dirigen a la Argentina como segunda opción, ante el

cierre de los Estados Unidos con las leyes de cuotas de 1921 y 1924.

La segunda delimitación es social. ¿Qué es un migrante? ¿Toda persona que se desplaza de un lugar a otro puede ser considerado tal? Para dilucidar este punto, las imágenes de los contemporáneos tienen mucha utilidad, al igual que la normativa jurídica. En general, todas las distinciones entre migrantes y simples viajeros, o entre inmigrantes y extranjeros, se centran en que la condición de los primeros es el desplazamiento con propósitos laborales, provocado por una privación relativa de recursos en un contexto de libertad de decisión de emigrar. Desde luego, nadie hubiera pensado en el ingeniero Pellegrini, padre del futuro presidente argentino, como una persona que entraba en la misma categoría que los artesanos genoveses que comenzaban a instalarse en la Boca (aunque ambos procedían del entonces reino de Piamonte y Cerdeña). La cuestión no era, sin embargo, sólo económica. Aun aquellos venidos en modestas condiciones, pero poseedores de un capital simbólico, como el publicista español Benito Hortelano, no eran confundidos sin más con los connacionales que trabajaban como estibadores en el puerto de Buenos Aires.

Una definición como la propuesta distingue además, según la naturaleza de la decisión, entre migrantes y fuerza de trabajo esclava, y luego entre migrantes y exiliados políticos. Desde luego, la primera distinción es más nítida que la segunda.

Las distinciones jurídicas confirman las impresiones de los contemporáneos. Desde que ellas existen con precisión, el último cuarto del siglo XIX, no dejan de remarcar que emigrante es aquella persona que viaja en tercera clase (España), que paga la tasa económi-



Muelle de pasajeros de Buenos Aires, al que llegaban los inmigrantes europeos, hacia 1870 (Álbum Casa Witcomb, 1925).

ca en el trámite para realizar la práctica que lleva a la obtención del pasaporte (Italia) o que llega en segunda y tercera clases en barcos procedentes de ultramar (la ley argentina de 1876). Ciertamente esa distinción era más difícil de hacer cuando aquellas naves no poseían esa estratificada disposición en clases. Es decir cuando, como en la primera mitad del siglo XIX, el tráfico se hacía en pequeños veleros que combinaban pasajeros y carga. Pero aun ahí, por ejemplo en tiempos coloniales, la distinción era fácilmente advertible entre migrantes y funcionarios y militares. En la primera mitad del siglo XIX, las diferencias se establecían no a partir de la forma del viaje, sino sobre todo a partir de las tareas que se desarrollaban en el nuevo país. Con todo, si las distinciones son netas en sus extremos, existe toda una zona gris en las franjas intermedias

donde es difícil establecer con precisión las contraposiciones aludidas, y una migración intermedia, de comerciantes y profesionales, de la que se sabe poco, no deja de presentar problemas de definición y clasificación. Del mismo modo, la diferencia entre migrantes y exiliados es muchas veces ambigua, sea porque en el exilio entran a menudo motivaciones económicas, sea porque los mecanismos migratorios, los problemas laborales y la integración social presentan situaciones semejantes a unos y otros.

La tercera precisión concierne a las delimitaciones geográficas. La etiqueta migración "a la Argentina" es a la vez demasiado vasta y demasiado poco pertinente. Un largo hábito nos ha acostumbrado a pensar las realidades sociales en términos jurídico-territoriales y es evidente que aquéllas se adaptan mal a éstos.

Ante todo porque ese mismo espacio "argentino" configura áreas diferentes en la primera mitad del siglo XIX y en la segunda. Luego porque los inmigrantes se desplazaban intensamente a través de fronteras mal delimitadas y vigiladas. El caso de los genoveses que se movían a lo largo del eje fluvial del litoral y que aparecían sucesivamente en los actuales Uruguay, Paraguay y Argentina, con pocos años de diferencia, muestran toda la porosidad de las fronteras sudamericanas. Finalmente porque ese fenómeno que estudiaremos es en larga medida un fenómeno en torno a aquel eje fluvial y a las provincias con ella ligados. Cuando se utilizan cifras globales, como al decir que, en 1869, los inmigrantes en la Argentina eran el 12% de la población o que, en 1914, llegaban a la impresionante cifra del 30%, se presentan realidades muy reveladoras, sobre todo en términos comparativos. Sin embargo, es necesario recordar que esas medias estadísticas esconden cifras aún más abrumadoramente reveladoras para provincias como Buenos Aires y Santa Fe, y escasamente relevantes para otras como Jujuy y Catamarca. Es indudable que el profundo Norte también fue atravesado por una emigración que, aunque en pequeños números, terminó por ocupar posiciones relevantes en la economía local. Sin embargo aquí lo que presentaremos será sobre todo esa Argentina —con excepción de la Patagonia que presenta una periodización diferida—, en la que la inmigración operó decisivamente como disruptor de los cuadros de una sociedad no sólo por sus actividades sino, en primer lugar, por su número.

Es claro que en esta presentación nos estamos refiriendo a la migración europea. Las migraciones internas fueron muy intensas en la actual Argentina, desde fines de la época colo-

nial e igualmente relevante fue la migración limítrofe, aunque este movimiento fuera difícil de medir por las dificultades para relevar los ingresos por las fronteras terrestres hasta 1876, y porque desde la sanción de la ley de inmigración, por su propia definición de migrante, las estadísticas argentinas sólo consideraban tales (y los incluían en las estadísticas) a aquellos llegados por barco desde ultramar.

LAS MIGRACIONES TEMPRANAS

Si levantamos el telón de nuestra historia en la Argentina de principios de la década del treinta, momento en el que va hacia su consolidación el poder rosista y un nuevo equilibrio en la relación entre las provincias y la ciudad puerto, notamos ya que los inmigrantes europeos constituyen un fenómeno visible. En la ciudad de Buenos Aires y en las provincias del litoral el "desierto" aparece ya surcado por grupos de inmigrantes que ocupan distintos oficios en las áreas rurales y urbanas. Cuando veinte años después la dictadura rosista va hacia su ocaso, el panorama que presenta un testigo atento, como William Mac Cann, es mucho más impactante y ya aquella presencia se ha hecho relevante. Que fuera posible que durante el largo período de dominio de un gobierno xenófobo, o al menos verborrágicamente antiextranjero, la inmigración adquiriese tal desarrollo, dice bastante acerca de la limitada influencia que hay que atribuir a las políticas públicas y a las retóricas poblacionistas en el desarrollo de una corriente migratoria.

Esa corriente migratoria temprana es difícil de ser cuantificada y, desde luego, no se trata de grandes números; pero su influencia no reside en ello, sino en su impacto sobre una

población, también ella muy escasa. En términos comparativos es, además, muy poco relevante para flujos del norte como los irlandeses (menos del 0,5 % de los mismos llega por entonces a la Argentina) o del sur, como los españoles, atraídos entonces largamente por Cuba. Desde una perspectiva regional y local, la cuestión es más matizada y, en el caso de los genoveses, el destino platense puede haberse convertido en el principal para la década de 1850 —una estadística para los años 1854-1863 revela que el 65% se dirigía por entonces a la América meridional, en reemplazo de los que se dirigían preferentemente a África del Norte y al Levante español—. Algo semejante ocurre con el movimiento desde el País Vasco para el que el destino platense deviene también en predominante, aunque no se dispongan más que de datos fragmentarios.

Los ritmos de llegada de la corriente migratoria europea también son difíciles de precisar. Tomando los datos que provee el censo de la ciudad de Buenos Aires de 1855, que contiene los años de residencia en el país declarados por los extranjeros relevados en el mismo, puede realizarse una estimación de los momentos principales de arribo. Desde luego, los datos acerca de los llegados en los períodos más antiguos deben infravalorar el movimiento realmente ocurrido, por problemas como la mortalidad y el retorno (que se supone es más elevado en grupos más antiguos). Con esos límites, la curva muestra una empinada expansión en la llegada de extranjeros a la ciudad de Buenos Aires en la década de 1840.

En la medida que es posible reconstruir los lazos premigratorios de los nuevos grupos llegados durante la época de Rosas, es frecuente la posibilidad de vincularlos con las migraciones de fines del siglo XVIII. Las guerras inte-

rrumpieron pero no suprimieron los lazos entre los inmigrantes y sus parientes y vecinos en los pueblos de origen y, cuando las oportunidades para movilizarse volvieron a ser favorables, las antiguas relaciones interpersonales se pusieron en movimiento para dar nueva vida a las “dormidas” cadenas migratorias. Ese eslabonamiento entre migrantes del fin de la época colonial y de la Argentina de Rosas ha sido reconstruido muy consistentemente para el caso de los migrantes del Valle del Baztán en Navarra.

Al igual que lo que ocurrirá en el período de la emigración de masas, los movimientos tempranos eran predominantemente de hombres jóvenes. Es difícil disponer de datos sobre el flujo pero tenemos numerosos sobre el stock de inmigrantes en un momento dado. Teniendo en cuenta que en éste el índice de masculinidad (la relación entre hombres y mujeres) es bastante menos elevado, porque el retorno es siempre más importante entre los hombres, puede verse la magnitud del predominio masculino. Los irlandeses, por ejemplo, medidos según el Censo Nacional de 1869, presentaban en esa fecha, entre los mayores de 20 años, una proporción de 265 hombres por cada 100 mujeres. Por supuesto que existen diferencias dentro de un mismo flujo nacional según la tipología migratoria de la que se trate (emigración de jornaleros con alta expectativa de retorno o grupos familiares conjuntos o divididos) y aun dentro de subgrupos regionales, según la antigüedad de residencia. En general, con excepciones si se consideran los grandes agregados numéricos, el índice de masculinidad decae a lo largo del tiempo en un grupo migratorio específico, ya que el movimiento migratorio en cadena comienza por la emigración de hombres solos que luego son

alcanzados en muchos casos por mujeres y niños. La totalidad de los vascos que residían en la ciudad de Buenos Aires en 1855 tenían un índice de masculinidad global relativamente bajo, 214 por 100, pero en el distrito de Catedral al Sur, quizá por la menor antigüedad relativa (al ser zona de primer asentamiento) o por el tipo de actividad, el índice se elevaba a 296 por 100. Del mismo modo, los genoveses que vivían en el barrio de la Boca tenían un índice de masculinidad y un porcentaje de grupos familiares residentes más elevado que aquellos que residían en Balvanera.

Numerosas circunstancias habían creado favorables oportunidades para los extranjeros en el Río de la Plata en la tercera década del siglo XIX. Ante todo, las guerras de independencia primero y las civiles luego, habían agravado el vacío demográfico afectando al número de hombres disponibles en el mercado de trabajo. Ello había ocurrido a través de dos vías, la mortalidad *per se* y en su influencia sobre la fecundidad. En este punto, los efectos de la misma se combinaban con las largas ausencias que el reclutamiento en una sociedad altamente militarizada provocaba entre los miembros masculinos del grupo familiar. Es claro que tales efectos se hacían sentir con retraso cuando los grupos de edades afectados por aquellos fenómenos, en las décadas del diez y del veinte, llegaban a la edad laboral alrededor de veinte años después. Los factores demográficos iban acompañados por los factores políticos. La continua sujeción al reclutamiento de los nativos daba ventajas comparativas a los extranjeros para ocupar los lugares laborales disponibles. Como recordaba con ironía Lucio Mansilla, en épocas de su tío Rosas hubiera sido útil para los nativos disponer de la protección de un cónsul. En algunos

casos específicos, como el de los genoveses, su condición de neutrales —y la fama, alentada por Rosas para dar fastidio al encargado de negocios sardo, de amigos del dictador e independientes de la tutela piemontesa— les permitía prosperar en el control de la navegación fluvial. Su doble condición de extranjeros bajo pabellones neutrales (Cerdeña, Lucca) los habitaba para eludir los efectos del bloqueo de las potencias europeas en el Río de la Plata y, luego de pasar la barrera, la pronta mudanza hacia el pabellón nacional les posibilitaba navegar sin interferencias por los ríos entonces considerados interiores. Pero más allá de dichas ventajas, para un grupo particular, existían condiciones muy favorables para los asalariados en ese período, sea en ámbito urbano o rural, que les permitían (como a los irlandeses) tras pocos años disponer de un capital invertible en bienes muebles o inmuebles.

Ciertamente también, los extranjeros eran poseedores de habilidades y vocaciones que les permitían adueñarse de algunos segmentos específicos de la actividad económica. La larga tradición marinera y de artesanía naval de los ligures les daba ventajas y los orientaba hacia ese sector laboral. Inversamente, esa especialización del flujo en torno a una actividad principal y a aquellas con ésta eslabonadas (como la construcción y reparación de naves, el comercio de frutas y verduras y la horticultura) les ocultaba la visión de otras actividades prometedoras. Los irlandeses, en cambio, podían aprovechar simultáneamente todas las posibilidades que existían para el lanar en las áreas del litoral y convertirse a la larga en una parte significativa de la clase terrateniente argentina. Para ello contaban, desde luego, con una tradición, habilidad o simple preferencia laboral que se revelaría en el largo plazo más exito-

sa, más que con una voluntad esclarecida de maximizar las ventajas existentes. Por el contrario, lo que buscaban era controlar y alimentar (a través de cadenas migratorias y redes sociales) ciertas actividades específicas que garantizaban trabajo y posibilidades razonables de prosperar. Visto en perspectiva, el historiador económico podría decir que los genoveses se equivocaron allí donde los irlandeses acertaron y ello explica el desigual éxito social de ambos grupos en el largo plazo; pero eso es apenas un ejercicio contrafactual sin utilidad. Las personas no orientan sus comportamientos según los requerimientos de los teóricos de la economía sino según sus posibilidades concretas en un contexto histórico determinado. Ambas actividades, la marítima y la cría del lanar, tenían algunos rasgos comunes que también explican las preferencias hacia ellas de los dos grupos inmigrantes: eran más laboral-intensivas que capital-intensivas (ello es muy visible comparando el lanar con el vacuno) y ello les permitía valorizar plenamente la fuerza de trabajo familiar como principal componente de la actividad.

Ciertamente, la concentración en determinadas actividades se explica también por la posición ocupada por los pioneros y en la preferencia de éstos de dar trabajo sobre todo a parientes, paisanos o connacionales. Los pioneros pueden haber estado distribuidos en distintos tipos de actividades en los momentos iniciales, por ejemplo, los irlandeses en la década de 1820 eran predominantemente urbanos y sus ocupaciones principales, el comercio y el artesanado. Serán, sin embargo, algunos inmigrantes exitosos en estos sectores quienes luego invertirán en las actividades rurales, dando lugar a una paulatina concentración de los miembros de ese grupo étnico en

esa actividad. Cuarenta años más tarde la comunidad, engrosada en las décadas de 1840 y 1860 por los flujos provenientes de Irlanda, estará muy concentrada en las actividades rurales en torno al lanar. Algo semejante ocurrirá con los daneses llegados algo más tarde, pero en su caso el papel de algunos pioneros como Juan Fugl será decisivo a la hora de atraer hacia zonas rurales de la provincia de Buenos Aires a los inmigrantes de ese origen.

Lo señalado no pretende sugerir que todos los grupos se encontrasen concentrados en un único tipo de actividad ni que todos ellos poseyesen una experiencia premigratoria en el área de su definitiva instalación. Por lo demás, las personas, migrantes o no, desempeñan una gran variedad de ocupaciones a lo largo del ciclo de vida y por ello es necesario correlacionar edad y ocupación. Los vascos, por ejemplo, estaban muy diseminados en muchas actividades, desde horneadores de ladrillos, changadores o comerciantes en la ciudad hasta distintos tipos de actividades rurales, y los mismos irlandeses no eran ni uniformemente rurales ni uniformemente exitosos. Existía, por lo demás, sobre todo en los momentos iniciales de la migración, una muy amplia rotación entre distintos tipos de empleo hasta que el inmigrante encontraba aquel que según sus expectativas le resultaba razonablemente satisfactorio. Ello era posible en el contexto de un mercado de trabajo muy fluido —y con continuos desplazamientos entre áreas rurales y urbanas— en el cual la demanda de mano de obra (sobre todo para trabajos de poca calificación) fue, en largos períodos del siglo XIX, muy superior a la oferta disponible. Los censos, fotografías estáticas y por tanto imperfectas de una realidad más dinámica, lo revelan, sin embargo, adecuadamente. Por otro lado, es

bien conocido que muchos de ellos procedían de otro tipo de actividades y se reciclaron aquí en aquellas que controlaban los pioneros de su propio grupo. En este sentido, los genoveses que llegaron tras los pioneros, en muchos casos, procedían de áreas rurales y no de la costa (sobre todo después de 1850) y no tenían experiencia en la actividad náutica. Del mismo modo, muchos de los irlandeses no tenían relación alguna con la cría del lanar en su tierra de origen.

Los tempranos movimientos migratorios eran, como se indicó, una pequeña parte de un movimiento más general que afectaba al continente europeo y que se fue extendiendo a lo largo del siglo en dos sentidos, de oeste a este y de norte a sur. Por entonces el movimiento que había sido, antes del siglo XIX, largamente dominado por los países del frente atlántico desde España y Portugal hasta Inglaterra, tenía ahora su epicentro en el Báltico y en el Mar del Norte y su centro de atracción en América del Norte. Los países sudamericanos eran bastante poco conocidos y así lo fueron por varias décadas. El problema mayor, visto desde el ángulo de la oferta migratoria, era que la principal fuente de migrantes para la América meridional, la península ibérica, se encontraba en una situación de baja presión demográfica y de moderada expansión económica a lo largo de tres cuartas partes del siglo XIX y sus principales corrientes migratorias del Cantábrico se orientaban decididamente hacia aquellas regiones cercanas con las que los vínculos no se habían interrumpido con la guerra de independencia: Cuba y Puerto Rico.

Todos los movimientos tempranos tenían lugar en un contexto con pocas restricciones formales a la migración (algo mayores en la península ibérica) y con una escasa actividad

de los gobiernos americanos por promoverla a través de la propaganda. Con todo, ya en esos años centrales del siglo, se perfila un conjunto de intereses en los puertos gallegos y en Génova. Agentes o “ganchos” ayudan a la emigración de jóvenes candidatos, e intereses navieros encuentran un temprano florecimiento en el negocio de transportar emigrantes. En Italia no se trataba sólo de pequeños comerciantes sino también de destacados intelectuales y de prestigiosas instituciones (como la Società Geografica Italiana) que creaban el mito platense como tierra de promisión para los italianos (“Il Plata è la nostra Australia”). En ello entraban también los intereses de las compañías de navegación y es particularmente conocido como, en el caso de Piamonte y Cerdeña, éstas fueron capaces de crear un poderoso *lobby* que llegó a interesar al mismo Cavour en la protección de la naciente marina italiana. Esta industria deberá su futuro al relativo monopolio ejercido sobre el transporte de emigrantes. Pero esos intereses no estaban sólo en los puertos de partida, también en Buenos Aires empresarios como Felipe Llavallol promovían la importación de españoles con fines de incorporarlos a los servicios de la ciudad en la época de Rosas. En otros casos, como tras la caída de Rosas, serán políticos, intelectuales y empresarios de Buenos Aires y Montevideo quienes se asociarán con congéneres del otro lado del Atlántico con los que compartían una misma fe liberal y, en muchos casos, comunes pertenencias institucionales (entre ellas, masonicas) para crear sociedades para promover la emigración al Río de la Plata.

De todos modos, más relevantes que los empresarios seguían siendo, por ejemplo en el caso gallego, los “tíos” que promovían la emigración de sus sobrinos, segura y económica

mano de obra en los negocios al menudeo. Las cadenas familiares y paisanas constituyeron, entonces y luego, el principal mecanismo migratorio de los europeos a la Argentina. Por supuesto que dentro de ellas podían operar esas figuras ambiguas que tenían una pertenencia comunitaria y, a la vez, hacían sus negocios en el llamado “comercio de la emigración”, como se verá luego con más detalle. En otros grupos, como los irlandeses y luego los daneses, en los cuales la Iglesia desempeñaba un papel preponderante en la articulación de la vida comunitaria, los pastores y los capellanes parecen haber desempeñado un papel importante como mediadores en el proceso migratorio que puede ser considerado equivalente (en cuanto canales de transmisión de la información, de acceso al mercado de trabajo o proveedores de medios de asistencia) al de los agentes.

IMÁGENES, POLÍTICAS Y FLUJOS MIGRATORIOS DE CASEROS A LA LEY DE 1876

Cuando en 1852 cae el gobierno de Rosas, la emigración cuenta ya con una sólida presencia en ambos márgenes del Río de la Plata. Ella es, en términos relativos, más relevante en la Banda Oriental, donde el Censo de 1860 muestra esa consistente presencia en Montevideo y alrededores y en los departamentos costeros. Las premisas para una amplia expansión de la emigración europea están puestas ya antes que la retórica promigratoria sea un lugar común entre los intelectuales argentinos. Éstos, desde luego, clamaban por una solución migratoria desde sus exilios y ahora veían la posibilidad no sólo de poblar sino, sobre todo, de civilizar a través del aporte europeo. Sar-

miento ya lo había expresado en la introducción de 1845 al *Facundo* y un itinerario consecuente unirá aquel texto con los sucesivos sobre el centenar de inmigrantes de Chivilcoy (visto como modelo de colonización agrícola), que debía ser el núcleo de una obra de gobierno. La inmigración tenía que poblar el desierto y la colonización agrícola, construir la sociabilidad argentina, que la extensión y el despoblamiento hacían inexistente. En ella los inmigrantes eran los actores de un cambio, pero no principalmente en su condición de portadores de una cultura especial, en sentido amplio, sino en tanto ellos serían los brazos de una agricultura cuyo poder de transformación sería extraordinario ya que eliminaría al desierto y sus productos, sociales y políticos. Para cumplir ese papel, Sarmiento no necesitaba de un tipo de inmigrantes particulares (si ellos no eran modernos, sus hijos lo serían a través de ese instrumento transformador que era, para el autor del *Facundo*, la escuela pública).

“Gobernar es poblar” es, en realidad, un motivo más sarmientino que alberdiano, si bien la célebre expresión aparece en las *Bases y puntos de partida para la organización nacional* que Alberdi escribió en 1852. Difícilmente pueda hallarse una obra como ésta que proponga una transformación más radical de la sociedad a partir de constatar el fracaso de todas las recetas para superar el atraso intentadas por las generaciones precedentes. En el pensamiento alberdiano, todo esfuerzo de transformación de la Argentina sería inútil si no se lograba cambiar de cuajo los rasgos de una sociedad atrasada, a través del cambio del agente de esa sociedad. La inmigración europea era ese agente que debía jugar el papel de implantar nuevos hábitos y nuevos comportamientos que, a través del ejemplo cotidiano (la

educación por las cosas), serían luego imitados por los nativos. El rol de la inmigración era entonces mucho más vasto que el de proveer mano de obra (o si se prefiere fuerza de trabajo) para una economía en expansión o, como más tarde se dijo, de crear una demanda de tierra que valorizase a la enorme cantidad disponible. Mucho más que eso, la inmigración debía cambiar a la Argentina. Para ello es claro que la importación de inmigrantes debía proceder de la Europa más desarrollada y no de aquella más arcaica, cuya incorporación difícilmente haría algo más que reproducir hábitos y comportamientos ya existentes. En este sentido, gobernar era poblar pero porque poblar era civilizar. Y aunque las fronteras entre las dos Europas son más ambiguas en este Alberdi que lo que una lectura apresurada de su obra parece sugerir —y la deseable incorporaba, sin duda, algunas áreas mediterráneas—, no es menos evidente que aquella coincidía en sus trazos gruesos con una contraposición entre la admirada Europa nordatlántica y la deplorada Europa del sur.

La Constitución de 1853 consagró esa vocación poblacionista promigratoria de la elite argentina posterior a Caseros, en una extensión de derechos, ideales (como en el preámbulo) y reales (en toda la primera parte) casi sin parangón en las naciones euroatlánticas. Desde luego, ella expresaba una ideología que otorgaba al futuro inmigrante un lugar de privilegio en el imaginario social argentino que, desde luego, otras naciones promigratorias o invadidas por inmigrantes (como Estados Unidos o Francia) estaban lejos de otorgarle. Desde luego también, ella permeó una cierta idea de la Argentina y del papel civilizatorio que los inmigrantes debían desempeñar, en una forma que, aunque no sin crecientes disidencias, fue

hegemónica (aunque no sin conflicto), al menos hasta la Primera Guerra Mundial.

Los efectos de los discursos y de las leyes promigratorias relevantes en el proceso de interacción social entre nativos e inmigrantes no influyeron significativamente, sin embargo, en el volumen y los ritmos del movimiento migratorio. De mayor importancia fueron, sobre todo, en las postrimerías de la presidencia de Sarmiento y en los comienzos de la de Avellaneda, las acciones de propaganda llevadas a cabo por los cónsules argentinos o por agentes especialmente designados. En cualquier caso, la inmigración creció sostenidamente, en las décadas de 1850 y 1860, atraída sobre todo por el ciclo de prosperidad de la economía argentina. Con respecto al trienio 1857-1860, la década de 1860 vio duplicar el número de ingresos que alcanzarán un promedio de 16.000 anuales. Ciertamente existe ahora un conjunto de programas de colonización públicos (sobre todo provinciales) y privados que han sido bien estudiados y afectan en especial a las provincias de Santa Fe y Entre Ríos y ello permite ensanchar las áreas de origen de las migraciones europeas. Con todo, analizando la composición del flujo, se observa que el índice de masculinidad es muy elevado al igual que el porcentaje de retorno (uno de cada dos). Ello puede reflejar que, en realidad, por sobre las familias atraídas por programas de colonización siguen predominando los hombres jóvenes con baja calificación y con elevada expectativa de retorno.

Haciendo un análisis de la composición regional del flujo, se verá que dicha expansión se corresponde con círculos concéntricos desde el puerto de Génova, que es la punta de un embudo por donde, en sentido inverso, fluyen hacia Piamonte, Lombardía, Ticino y la zona

del Jura las informaciones acerca del Río de la Plata. Así ocurre en el caso de los inmigrantes que poblarán las colonias piemontesas, valdenses o suizo francesas. Un segundo polo migratorio de significación, aunque con menor capacidad expansiva, tiene su epicentro en el golfo de Vizcaya, con vías de salida a través de una cadena de puertos comprendida entre Burdeos y La Coruña. En cualquier caso, los tres grupos europeos predominantes antes de 1852 –italianos, españoles y franceses– siguen siéndolo luego, como lo revela el Censo Nacional de 1869. Por supuesto que aquí esas realidades nacionales son ilusorias medias estadísticas. Los datos de que disponemos muestran que, en una fecha como 1871, el 87% de los italianos pertenece al triángulo nordoccidental (Piamonte-Lombardía-Liguria). Los datos algo anteriores, concernientes a la ciudad de Buenos Aires de 1855, muestran que el 63% de los españoles procede de Galicia (38%) y las provincias vascas incluida Navarra (25%). Los franceses, por su parte, proceden abrumadoramente de las regiones vascas y bearnesas del área sudoccidental.

El mismo Censo de 1869 permite ver que, por significativos que hayan sido los programas de impulso a la inmigración, directos o indirectos, pero alentados desde políticas públicas, éste sigue siendo un fenómeno largamente gestionado por las mismas redes sociales de los inmigrantes. Si los extranjeros constituían el 18,4% de la población en 1869 (aunque los europeos eran sólo el 16% del total, siendo el resto americanos de otras nacionalidades), en la provincia de Buenos Aires eran el 30,5% y en la ciudad de Buenos Aires el 49,6% (mientras que en el resto de la provincia el porcentaje desciende al 24,8%). Las dos provincias largamente colonizadoras tienen por-

centajes sensiblemente más bajos. En Santa Fe los extranjeros son el 15,6% del total de habitantes y en Entre Ríos, el 13,6%. En el primer caso, la ciudad de Rosario constituye ya el más elevado conglomerado de extranjeros de la provincia, porcentualmente (23,7%).

¿Qué indican estas cifras? En primer lugar, que la emigración es un fenómeno ampliamente urbano ya desde épocas tempranas, es decir antes de que el acceso a la tierra fuera teóricamente dificultado por la expansión de la frontera hasta zonas marginales. Esto significa que ese afluir hacia algunas ciudades, que dará lugar a críticas de todo tipo por parte de intelectuales y técnicos, en tanto contradecía los mitos acerca del papel que debían desempeñar los migrantes, no era el resultado de un movimiento secundario luego de fracasada la experiencia rural. Era, en cambio, parte de movimientos que encontraban en los altos salarios y en las ocupaciones disponibles en el sector artesanal y comercial de las ciudades un buen justificativo para permanecer allí, independientemente de sus antecedentes urbanos o rurales en las zonas de origen. Desde luego que los datos del Censo de 1869 sólo proporcionan una fotografía y ello no debe oscurecer el hecho de la circulación rural-urbana que hace a veces ilusorias esas distinciones de la sociología clásica. En segundo lugar, los datos exhiben que dentro de las mismas zonas rurales (como muestran, para el caso de la provincia de Buenos Aires, los ejemplos irlandés y vasco) dicha expansión se producirá por vías largamente al margen del Estado. Desde luego que ello puede ser visto como el resultado de la libre y espontánea acción de las fuerzas del mercado, aunque nosotros preferimos ver allí la combinación de la disponibilidad de algunos factores de producción

con las posibilidades provistas por las redes sociales de los migrantes.

La inmigración europea a la Argentina parecía encontrar nuevas y elevadas cotas en el tránsito entre las décadas del 1860 y 1870. En 1870 las llegadas alcanzaron a 30.000 inmigrantes y, tras la caída del año siguiente, volvieron a subir hasta llegar a la cifra de casi 50.000 en 1873. En ese punto comenzaron las dificultades. El impacto pleno de la crisis mundial abierta en 1873 sobre economías tan vulnerables a las oscilaciones internacionales, como la argentina, haría caer drásticamente el número de inmigrantes a 18.000 en 1875. El impacto externo influyó tanto sobre el precio de las exportaciones como sobre el flujo de capital externo, agravando los problemas de déficit público y de balanza de pagos del país. Una seria política de austeridad redujo la inversión pública, lo que se sumó a la caída del nivel de actividad en el sector privado. Todo ello influyó sobre la demanda de fuerza de trabajo que era atraída, sea por las obras públicas de construcción de infraestructura, sea por el sector secundario de la economía. Es de señalar que la reacción de los migrantes fue reducir las llegadas, incrementar los retornos y reunificar los grupos familiares divididos. Un análisis de los registros de emigrantes de Santiago de Compostela a la Argentina muestra conjuntamente los tres fenómenos. Es que para aquellos que, pese a todo, decidían permanecer, la crisis podía ofrecer buenas posibilidades de futuro pero los costos debían reducirse. Ello explica la reducción del flujo migratorio pero, en ese caso, el relativo incremento del número de mujeres y niños que continuaban dirigiéndose hacia la Argentina para reunificar el grupo familiar.

Una de las respuestas de la elite argentina ante la crisis del flujo de población europea fue la sanción de una ley de inmigración y colonización en 1876, que establecía una normativa general que daba la iniciativa al gobierno federal por sobre los estados provinciales, que habían sido hasta entonces los más activos al respecto. Parte del debate parlamentario en torno a la ley escondía algunas resistencias de los representantes de provincias muy activas como Santa Fe a esa injerencia del Ejecutivo nacional. Con todo, desde un punto de vista conceptual, la ley, a la vez que continuaba la estrecha relación deseada entre inmigración y colonización, definía un conjunto de beneficios efectivos (desde el alojamiento en el momento de arribo hasta la internación al punto elegido) y potenciales (adjudicación de tierras públicas). Definía también muy precisamente quién podía acogerse a dichos beneficios al establecer qué debía reputarse como emigrante. Pero la ley era además el inicio de un largo debate entre los partidarios de la inmigración espontánea en contraposición a quienes defendían otra que puede denominarse asistida y cuyos detractores denominarán artificial. ¿Debía el Estado argentino alentar y a la vez seleccionar a los inmigrantes o era, por el contrario, la "selección natural" consagrada por las leyes del mercado o por las del darwinismo social la que debía producir autónomamente los migrantes que llegarían a la Argentina? La ley de 1876 se inclinaba hacia la inmigración asistida al consagrar el principio de intervención del Estado, que antes o después penalizaría a ciertos grupos en beneficio de otros, aunque por el momento las finanzas públicas impidiesen políticas más activas. La ley excluía implícitamente a los latinoamericanos de to-



Vista del Hotel de Inmigrantes, c. de 1880. Archivo General de la Nación. Buenos Aires.

do beneficio, pero no iba tan lejos como proyectos más drásticos que en el pasado habían pensado reservar los beneficios a los migrantes del norte y del centro de Europa (con la excusa de que los del sur ya venían por sus propios mecanismos).

Nuevamente aquí los efectos de la ley serán poco visibles en el corto plazo. Habrá que esperar hasta 1883 para que la inmigración llegue a la cota alcanzada diez años antes. Sin embargo, a partir de aquí la combinación explosiva de la expansión de la frontera agropecuaria y de las obras públicas, de la industria y el comercio, por los efectos de eslabonamiento con el dinámico sector primario y un mercado interno en expansión, promoverán la irrupción de lo que se llamará la inmigración de masas.

LAS CONDICIONES PARA LA MIGRACIÓN DE MASAS

Entre 1881 y 1914, algo más de 4.200.000 personas arribaron a la Argentina. De ellos, los italianos fueron alrededor de 2.000.000; los españoles, 1.400.000; los franceses, 170.000 y los rusos, 160.000. La curva de la emigración muestra dos prolongadas fases de expansión cortadas por la crisis del '90 y sus secuelas temporales. En la segunda, la Argentina llegó a sus máximos históricos antes de la Primera Guerra Mundial. La Argentina recibió un aluvión inmigratorio inferior al de los Estados Unidos pero superior al de Canadá y Brasil. Los rasgos de esta migración de masas no fueron diferentes de los del período precedente, mayoría de hombres jóvenes, de origen rural, llegados a través de mecanismos migratorios

predominantemente “en cadena”. El porcentaje de retornos, aunque fluctuante según las décadas y los grupos nacionales –los italianos retornaban más que los españoles y éstos, a su vez, más que los sirio-libaneses o los rusos–, no dejó de ser significativo: entre 1881 y 1910 retornó el 36% de los inmigrantes.

Colocado en un contexto comparativo, la Argentina atrajo, sin embargo, mayor porcentaje de grupos familiares que viajaron conjunta o, la mayoría de las veces, separadamente, reuniéndose aquí cuando mujeres y niños alcanzaban a los hombres emigrados precedentemente, mayor porcentaje de personas que declaraban ocupación (es decir más agricultores y trabajadores calificados que jornaleros) y tuvo índices de retorno más bajos que otros países americanos. Esta conclusión es válida, sea que se comparen los flujos de españoles a la Argentina y a Cuba, o los de los italianos a la Argentina y a los Estados Unidos. Por supuesto que existían diferencias regionales dentro de los movimientos nacionales y ello puede relativizar las conclusiones indicadas. Sin embargo, aun si se comparan grupos regionales o procedentes de la misma aldea, las diferencias se sostienen. Acerca de los grupos que sólo desplazan componentes minoritarios hacia la Argentina y muy numerosos a América del Norte, sólo disponemos de estudios recientes sobre alemanes que muestran resultados diferentes. En este caso, los que venían al sur eran más varones jóvenes con mayor tasa de retorno. La conclusión a que se puede llegar es que la posibilidad de optar por el destino parece haber sido preferida por grupos del Mediterráneo con un horizonte de migración de más largo plazo, que podían priorizar el tener mejores empleos y vivir en una sociedad que para ellos era menos discriminatoria y

con menor distancia lingüística, mientras que Estados Unidos (o Cuba) eran preferidos por personas que esperaban retornar pronto y aspiraban a maximizar sus ingresos en el menor tiempo posible, atraídos por los más altos salarios o el menor costo de la travesía existentes en el Norte.

¿Qué provocó que centenares de miles de personas se desplazaran hacia América y que muchos de ellos eligieran la Argentina como lugar de destino? Los historiadores han debatido largamente la cuestión, polarizados en dos bandos. Los pesimistas señalan sobre todo el empeoramiento de las condiciones en el punto de partida como causa de expulsión, y los optimistas ponen el acento en las mejores condiciones existentes en los lugares de arribo como el motivo que llevaba a las personas a abandonar el suelo natal. Entre los optimistas, algunos han enfatizado que la decisión de emigrar era tomada en base a la disponibilidad de empleo existente en el nuevo país, y para otros era el diferencial de salarios entre el país de origen y el país de llegada –o, en otras versiones, entre el cálculo del conjunto de ingresos futuros, que una persona tendría a lo largo del ciclo de vida útil–, lo que definía que optase por partir o por quedarse. Acerca de la primera de las lecturas, mayor sería la emigración cuanto mayor fuera el crecimiento de la economía (que es el único indicador indirecto disponible en esa época para mensurar la expansión del empleo); acerca de la segunda, mayor sería cuanto más amplio fuera el diferencial de salarios. Las dos tesis han tenido defensores en el caso argentino y, aunque es evidente que los salarios argentinos eran más altos que los españoles o los italianos, la adherencia de la curva migratoria a la del crecimiento del PBI argentino es muy marcada.



El hacinamiento era característico en el Hotel de Inmigrantes. Fotografía obtenida hacia 1900. Archivo General de la Nación. Buenos Aires.

Por mucho que las condiciones de recepción ocupen hoy el lugar preponderante en la historiografía sobre las migraciones, es también visible que esas excepcionales condiciones existentes en la economía argentina se combinaban con cambios que se producían en los países de Europa. Mirada en su conjunto, la migración de masas a la Argentina coincide con una expansión de la oferta europea que duplica el porcentaje de emigración por habitante de las décadas de 1870 y 1880 —y volverá a duplicarla si se confronta esta última con la primera década del siglo—. Todo coincide con la expansión de la migración del sur y del este de Europa, aunque debe señalarse que Gran Bretaña (el país de la revolución industrial) y Escandinavia siguen teniendo tasas migratorias más altas que los países del sur hasta los

años precedentes a la Primera Guerra Mundial. Esa emigración de la Europa del sur arranca antes en Italia y más tardíamente en España —lo que tiene su influencia en los ciclos migratorios de ambos grupos a la Argentina—. Desagregando regionalmente, en Italia comienza en el norte de la península y se extiende hacia el sur, y en España es un fenómeno que desde las periferias se extiende hacia el interior y el centro de la península. Para explicar el retraso migratorio español se ha señalado que la presión demográfica era menor en España que en Italia y que la situación de los agricultores era menos grave en aquel país por la protección de que gozaba su producción agraria. Producción afectada en el caso europeo desde los años setenta por una caída de precios, producto de la competencia, sobre to-

do de los cereales extraeuropeos (ruso, turco, americano) producidos a un costo menor. En cualquier caso, los desniveles regionales son muy pronunciados dentro de cada país, lo que hace bastante arbitrario hablar de movimientos nacionales.

¿Por qué los ingleses fueron a los Estados Unidos y no a la Argentina, los españoles a la Argentina y no a los Estados Unidos, y los italianos tanto a la Argentina como a los Estados Unidos? Los estudiosos de la inmigración, en los últimos tiempos, han puesto mucho énfasis en el papel de las cadenas migratorias como el mecanismo que explica quién emigra, cuándo y hacia dónde. En primer lugar, debe señalarse que por imponente que fuera el fenómeno, la mayoría de las personas no emigra. Una tasa migratoria muy alta puede alcanzar anualmente al 3% de la población de una provincia europea. ¿Por qué unos lo hacen y otros no? ¿Por qué, dentro de los que se alejan, unos eligen un destino y otros otro?

Está claro que la decisión de emigrar —que no es absolutamente libre— no es tomada, en la mayoría de los casos, individualmente sino en el seno de una familia. Se emigra allí donde se puede y cuando se puede. Existen muchos testimonios de que entre los más pobres y desde las zonas más pobres había poca emigración, y no ha faltado quien correlacionase la emigración con años de buenas cosechas en Europa y no con las malas, porque las buenas cosechas permitían ahorrar para pagar el pasaje. Ello no significa que no hubiera malestar social en las zonas de origen y privaciones absolutas y relativas, sino que la solución migratoria no estaba al alcance de todos. Los trabajadores europeos más pobres y sus familias difícilmente podían pagarse el costo de un pasaje transatlántico y permanecer sin ganar un salario du-

rante los días que llevaba la travesía. Ciertamente, la duración del viaje se acortó entre el siglo XIX y el XX, con el paso de los veleros, primero a embarcaciones que combinaban vela y vapor y, luego, a vapores cada vez mayores. Un viaje desde Galicia a Buenos Aires duraba un promedio de 26 días en la década de 1870, y 14 días en los años veinte de este siglo. También mejoraron las condiciones del viaje, con los barcos más grandes y confortables y con el mayor control sanitario impuesto por países de origen y de destino. Los precios de los pasajes, en cambio, fueron resistentes a la baja.

La opción para los más pobres era emigrar a la ciudad vecina o a otro país europeo, o utilizar los pasajes subsidiados de algunos gobiernos (como el del Estado de San Pablo) o apelar a “padroni” o “ganchos” que estuviesen dispuestos a financiar la experiencia migratoria a cambio de resarcirse luego reteniendo parte del salario del migrante. Era lo que se llamó el “comercio de la emigración”. En el caso que nos ocupa, la larga mayoría de los grupos familiares disponían, ellos o sus parientes o sus amigos, de ciertos recursos para financiar el viaje de uno de los miembros de la familia. A veces era un pariente o paisano ya emigrado que enviaba el dinero, en otras se hipotecaban propiedades para pagarlo. Para estos grupos, el problema principal era cómo elegir el momento y el destino. Ello lleva a la crucial cuestión de la información.

La decisión de emigrar es una típica decisión en un contexto de incertidumbre. Los que desean partir en las etapas iniciales de un ciclo migratorio poseen muy pocas informaciones acerca de hacia dónde emigrar y ello explica por qué los movimientos suelen comenzar en las franjas costeras y luego desplazarse hacia el interior, en la medida en que las

noticias acerca de las oportunidades existentes en el exterior se difunden espacialmente. Ello ocurre, a su vez, en regiones relativamente más integradas a la economía internacional que en aquéllas aisladas de la misma. Con todo, a medida que la emigración crece, los migrantes comienzan a recibir todo tipo de noticias. Ellas provienen de grupos interesados en promover la emigración: desde agentes de países extranjeros o de compañías de navegación que hacen publicidad acerca de las ventajas de ciertos destinos, de escritores, periodistas y políticos partidarios o contrarios a la misma. Particularmente ilustrativas son las noticias (o las cartas) en los periódicos que presentan situaciones, negras o rosas, de los inmigrantes, según tengan mayor o menor interés en promover la inmigración. Como es bien conocido, los grupos de propietarios agrarios —y los medios de prensa a ellos ligados— pintaban oscuros cuadros ya que la emigración aliviaba la presión sobre el mercado de trabajo y ello hacía subir los salarios. Inversamente, los grupos ligados a los intereses de las compañías navieras eran propensos a retratar imágenes exitosas de los inmigrantes. Desde luego, también existían otros canales, como las canciones o la poesía popular y dialectal, a través de los cuales se construían imágenes y estereotipos y se iba forjando el “mito americano”.

La principal fuente de información a la que los inmigrantes daban crédito, sin embargo, eran las cartas de amigos y parientes (y cuanto más estrecha fuera la relación, más creíble era la información) que se leían en familia o el domingo al salir de misa. Por supuesto que a medida que la emigración se desarrollaba, los potenciales migrantes tenían otra forma de percibir la conveniencia o no de emigrar y ésta la constituían los retornados. Poco se ha estudia-

do cuánto hicieron los migrantes exitosos que regresaron para construir el mito americano. Los llamados, en Italia, “americanos” y, en España, con dejo despectivo y origen literario, “indianos”, con su exhibición de riquezas y sus casas a veces suntuosas, en la costa ligur o en el litoral astur-gallego mostraban el camino de América. Pero aun aquellos menos exitosos podían exhibir ahora hábitos de consumo (de alimentación, de vestimenta) desacostumbrados en las aldeas europeas. Ello alentaba a muchos otros a emigrar, e incluso grupos sociales medio-bajos, que se habían mantenido al margen de la experiencia migratoria, desde principios del siglo XX son a veces llevados a emigrar, no para sobrevivir sino para mantener la distancia social de los campesinos.

No bastaba, sin embargo, saber si era conveniente o no emigrar, había que decidir a dónde hacerlo. En este punto, los migrantes necesitaban no sólo de información acerca de las condiciones existentes sino ayuda y asistencia para instalarse en el nuevo país, conseguir alojamiento y empleo. Nuevamente, amigos y parientes desempeñaban un papel clave en ello. Por mucho que se haya enfatizado en la Argentina el papel del Hotel de Inmigrantes, debe recordarse que la mayoría de los recién llegados no se alojaba en el mismo, sino que eran recibidos en el puerto o se dirigían inmediatamente a casas de amigos y parientes. Ciertamente, no todos: algunos habían llegado sin contactos y otros incluso al destino equivocado; pero la mayoría sí tenía lazos sociales previos en el nuevo país. Una vez más, aquí la distinción debe hacerse entre grupos con una larga tradición migratoria y aquéllos expulsados súbitamente del Viejo Mundo y que se embarcaban con noticias menos ciertas y sin contactos. Eran muchos los que utiliza-

ban el servicio de la Oficina de Trabajo que existía en el Hotel para conseguir empleo o que eran reclutados en los portones del mismo por mediadores y contratistas. En un grupo como el español, en cambio, el porcentaje de quienes se dirigían a la Oficina de Trabajo para obtener empleo oscilaba entre el 20 y el 32% del total de inmigrantes de esa nacionalidad entre 1894 y 1904.

EXPANSIÓN, CRISIS Y DEBATE: LA DÉCADA DE 1880

La emigración de masas reconoce dos grandes oleadas hasta la Primera Guerra Mundial. La primera fue en la década del ochenta. Fueron éstos los años en que emigró mayor número de familias y el porcentaje de retornos fue menor que en todo el período estudiado. Una gran cantidad de ellos la formaban colonos decididos ahora a aprovechar las posibilidades que brindaban las tierras disponibles con la expansión de la frontera y los precios de los granos, altos para los costos de producción argentinos. Pese a lo exitoso del proceso, en estos años comenzaron a sonar voces alarmadas ante el curso que tomaba la inmigración. Las quejas concernían, por ejemplo, al predominio abrumador de los italianos, que constituían, en los años comprendidos entre 1880 y 1886, el 70% del total de arribados. Las políticas públicas poco habían logrado hacer al respecto. Hubo proyectos de colonización exitosos, como el que instaló a los alemanes del Volga cerca de Diamante y, sobre todo, de Olavarría, de donde se expandirían luego hacia el oeste; por otra parte, los centros de propaganda se multiplicaban en distintas capitales de Europa. Todo ello no bastaba para modificar las características de

la migración recibida. El Brasil, a menudo punto de referencia para las políticas argentinas, desarrollaba por entonces, con centro en el estado de San Pablo, una política muy activa de captación de migrantes a través de pasajes subsidiados. Para resolver ambos problemas (el predominio italiano y la competencia con el Brasil), la Argentina en el trienio 1887-89 se embarcó en un esfuerzo semejante.

A través de estas iniciativas de pasajes subsidiados, que excluían formalmente a los italianos, llegaron nuevos grupos, como los colonos holandeses que se instalaron principalmente cerca de Tres Arroyos, y un primer contingente importante de judíos procedentes de Rusia. La mayoría de los pasajes se canalizó, sin embargo, hacia aquellos lugares donde ya existía un previo *lobby* de intereses destinado a promover la inmigración. España fue la principal beneficiaria de los pasajes subsidiados y algunas áreas como Andalucía recibieron un impulso por entonces.

La política de pasajes subsidiados se reveló como un fracaso. Las tasas de retorno fueron altas y la percepción de los funcionarios argentinos (como Juan Alsina, director de Migraciones) fue que era preferible volver a la migración espontánea. La bancarrota del Estado nacional, con la crisis del 90, puso punto final a las posibilidades de financiar la inmigración. La política migratoria, que buscaba metas tan contradictorias como expandir el flujo migratorio y reorientarlo regionalmente, se enmarcaba, en realidad, en un conjunto de preocupaciones de las elites argentinas ante la inmigración.

Los italianos nunca habían sido los inmigrantes preferidos, pese a las buenas relaciones que habían existido y existían todavía entre personajes de la elite porteña como Mitre

y Varela y la elite anticlerical de las instituciones italianas. La común pertenencia masónica de muchos miembros de ambos grupos ayudaba a ello, y las instituciones italianas habían ocupado un papel muy activo en las batallas por las leyes laicas de los ochenta. Alberdi lo reiteraba en los años setenta, en su biografía de un norteamericano, William Wheelwright: cada emigrante anglosajón valía por tres del Mediterráneo. Las desconfianzas hacia los italianos se acentuaban ante las amenazas de una política imperialista de Italia hacia sus “colonias” libres, ante la política educativa de las mismas que aspiraban (al igual que muchos otros grupos en las zonas de colonización) a educar a sus hijos en las instituciones comunitarias y en la propia lengua. Sarmiento fue uno de los primeros en manifestar su disgusto ante un proceso que no seguía el rumbo prefijado y, en su recorrida por las colonias santafesinas, había quedado negativamente impresionado por la poca integración que se producía entre los distintos grupos étnicos. Los inmigrantes, además, no se nacionalizaban y ello les impedía cumplir el papel transformador del sistema político que sólo una mesocracia (y los inmigrantes eran esa clase media) podía garantizar. Era la funesta escisión entre “productores” y “ciudadanos”. Muchos, como Lucio V. Mansilla, en los años ochenta comenzaron a pensar en nacionalizar compulsivamente a los inmigrantes europeos para transformar el sistema político.

La cuestión se mezclaba ahora también con el problema de la identidad y algunos pensaban en las virtudes redescubiertas de la inmigración española para fortalecer las raíces que antes se había buscado precisamente combatir. Si para la generación del 37, España (o la



Los extranjeros celebraban con unción los respectivos fastos nacionales. La Litografía de *El Sudamericano*, correspondiente a octubre de 1890, reproduce los festejos del 20 de septiembre –toma de Porta Pía por Garibaldi– realizados por los italianos en la Plaza Lorea.

herencia hispánica) era el problema y la inmigración la solución, ahora en los ochenta, muy tíbiamente todavía, para algunos la inmigración empezaba a ser el problema y tal vez en España estaba la solución. Desde luego que la amenaza era también social. Los inmigrantes exitosos, junto con la expansión de un mundo mercantil y con la europeización de las costumbres daban lugar a visiones simpáticas (como la de Santiago Calzadilla en *Las beldades de mi tiempo*) o truculentas como las de Martel (*La Bolsa*) y Cambaceres (*En la sangre*) que, desde el ensayo o desde la novela naturalista, buscaban exorcizar la amenaza de la pérdida de preeminencia social y económica de la elite nativa. Otros, como Joaquín V. González, comenzaban a pensar que la solución se encontraba en consagrar “la tradición nacional” en la que los argentinos pudieran reconocerse.

Los inmigrantes, por su parte, tenían desde donde defenderse. Una vasta estructura comunitaria les brindaba todo tipo de servicios y asistencia, desde periódicos hasta sociedades de socorros mutuos, desde influencias políticas hasta bancos, algunos de los cuales, como el Banco Español y el Banco de Italia y del Río de la Plata, se encontraban entre los grupos privados más fuertes del país. De hecho, el Banco Español fue, luego del de Londres, el que mejor atravesó la crisis del 90, cerrando sus puertas un solo día.

La crisis de 1890 significó un duro golpe para los inmigrantes ya instalados y desalentó nuevos desplazamientos. Muchos ahorros de los inmigrantes se perdieron en la crisis, a menudo porque los inmigrantes preferían confiárselos a un compaisano que disponía de una pequeña agencia antes que a un banco impersonal. La depreciación de los ingresos hizo, a su vez, menos significativas las remesas que los inmigrantes enviaban a la tierra de origen, en muchos de cuyos lugares (como la llanura padana) los efectos de la crisis argentina se hicieron sentir en la vida de las familias rurales. El resultado fue inevitable. En 1891 los retornos superaron a los ingresos y el saldo anual del movimiento migratorio fue negativo en alrededor de 50.000 personas. Muchos migrantes empezaron a dirigirse a otros destinos, en especial Brasil, en el corto plazo, y los Estados Unidos, en el mediano.

LA INMIGRACIÓN EN EL TRÁNSITO ENTRE DOS SIGLOS

El Censo Nacional de 1895, momento en que el flujo migratorio comenzaba a recuperarse, (aunque recién al año siguiente se superaron los 100.000 ingresos, alcanzando los niveles de 1887), brinda otra fotografía de la si-

tuación de la inmigración. Los inmigrantes son ahora el 25% del total de la población y su distribución ha acentuado las tendencias presentes veintiséis años antes. Ahora, uno de cada tres extranjeros vive en la ciudad de Buenos Aires (en 1869, era uno de cada cuatro) y ocho de cada diez viven en ella o en las provincias de Buenos Aires y Santa Fe (en 1869, eran algo más de siete de cada diez). La novedad más importante es, desde luego, el caso de la provincia de Santa Fe, emblema de la pampa gringa: contenía el 4% del total de los extranjeros residentes en la Argentina en 1869 y ahora llega hasta casi el 17%.

La recuperación del flujo migratorio europeo fue lento, al igual que el de la economía. Sin embargo, la marea continental no dejaba de crecer y en los primeros años del nuevo siglo llegaba hasta nuevas cotas que, en el promedio de la primera década del siglo, alcanzaban a alrededor de 170.000 ingresos anuales. Cambios regionales y nacionales acompañaban la expansión del flujo migratorio. La inmigración italiana se meridionalizaba y la española se septentrionalizaba (el arco Cantábrico, de Galicia y Asturias a Santander y el País Vasco, aportaba dos de cada tres emigrantes), el flujo francés declinaba y, en cambio, ascendían los sirio-libaneses y otros grupos levantinos, en los que la heterogeneidad religiosa era una nota dominante (maronitas, musulmanes, ortodoxos, judíos) y el componente judío europeo se hacía significativo, acompañando proyectos de colonización impulsados por la Jewish Colonization Association.

Desde luego que, al lado de estas transformaciones del flujo europeo, había otro fenómeno que se mantenía constante y casi invisible en el debate y en las políticas: el de los migrantes limítrofes. Éstos, que técnicamente no



Inmigrantes en el puerto de Buenos Aires, en 1908. Archivo General de la Nación. Buenos Aires.

podían ser considerados tales según la ley de 1876, constituían un porcentaje que oscilaba entre el 2,4% de 1869, el 2,6% de 1914 y el 2,9% de 1895 en el total de la población de los tres censos nacionales. Ello revela un goteo constante de procedentes de los países vecinos, de Uruguay en su mayoría (eran alrededor del 40% de todos los limítrofes), de Brasil, Paraguay, Bolivia y Chile. Su presencia era, por lo demás, muy significativa en áreas de fronteras, posibilitada por la política de puertas abiertas y por el nulo control del Estado en esas vías de acceso terrestre.

Si cambiaba el flujo migratorio, con la aparición de nuevos componentes que no dejaban de suscitar aprehensiones de todo tipo en la elite nativa, también cambiaba el país. Sobre todo en los ámbitos urbanos el cosmopolitismo, las nuevas costumbres y la conflic-

tividad social, que acompañaba la industrialización, expresaban realidades desacostumbradas y amenazantes para los grupos conservadores y bienpensantes. De todo ello surgieron tres temas estrechamente conectados: la cuestión social, la cuestión urbana y la cuestión inmigratoria que parecía subsumir a las precedentes. Dos tareas parecían prioritarias: asegurar la paz social y nacionalizar a los inmigrantes y sus descendientes, uno de los modos que, se suponía, permitiría alcanzar el primer objetivo. Las soluciones propuestas fueron represivas –las leyes de Residencia (1902) y de Defensa social (1910), que posibilitaban expulsar a cualquier extranjero considerado indeseable por simple orden del Poder Ejecutivo (es decir del Ministerio del Interior)– e integrativas. Estas últimas se imaginaba que proveerían la solución en el mediano plazo. Un

mismo clima común une a las leyes de servicio militar obligatorio de 1901 y de reforma política de 1910 con las medidas de creciente educación patriótica impulsadas desde la escuela pública, con mucho énfasis, durante la gestión de José María Ramos Mejía como presidente del Consejo Nacional de Educación. Todas ellas aspiraban, entre otros objetivos, a construir a los argentinos a partir de ese conglomerado heterogéneo provisto por la inmigración masiva.

En un contexto como el descrito, la misma imagen del inmigrante y de su papel en la sociedad argentina era puesto en entredicho y, aunque la asociación entre inmigración europea y civilización seguía siendo fuerte, sobre todo entre los educadores y más en general en la clase media urbana emergente de esa misma emigración, las críticas serían crecientes y estridentes. Un punto simbólico de pasaje es el inicio del nuevo siglo. Cuando Joaquín V. González envía su proyecto de reforma electoral uninominal al Congreso, en 1901, incluye todavía una cláusula que permite votar a los extranjeros con el simple hecho de inscribirse en el registro electoral y sin haber tomado previamente la ciudadanía. Idea hija de aquellas concepciones sarmientinas que veían a los sectores medios inmigrantes como la forma de resolver el problema del sistema político argentino. Esa parte de la iniciativa murió en el parlamento y ya no se volvería a insistir con ello (la solución de la ley Sáenz Peña iría por otro andarivel). En cambio, en ese 1902, el Congreso sancionó la ya citada ley de residencia. Los inmigrantes ya no era vistos sólo como las clases laboriosas destinadas a asegurar el progreso, sino también como clases peligrosas que ponían en cuestión los fundamentos de la sociedad argentina.

Por supuesto que este cambio de perspectiva llevaba a una revalorización de la Argentina premigratoria en torno a cuyos mitos deberían construirse los argentinos. Los jóvenes intelectuales del Centenario propondrán distintas lecturas del pasado argentino y distintos modelos ideales como arquetipos de la argentinidad: el pasado hispano católico para Gálvez, "Eurindia" para Ricardo Rojas, el gaucho para Lugones. Estas lecturas acompañaban a otras manifestaciones que insistían en seleccionar la inmigración, aunque paradójicamente aspirando a atraer personas de aquellos países latinos, antes poco deseados, por suponerse que eran más compatibles con la población local que aquellos otros que algunos (como Juan Alsina) llamarán "exóticos". Sin embargo, ello no se reflejó en un cambio de política migratoria y la Argentina continuó recibiendo sin restricciones a los migrantes de ultramar, en señal de que, pese a todos los temores, seguía siendo más fuerte la idea de que la inmigración era la única vía posible para asegurar el progreso.

MOVILIDAD, INTEGRACIÓN E IDENTIDAD

Mientras las elites nativas, crecientemente interesadas en defender el prestigio que les daba su antigüedad relativa de instalación en el país (muchos de ellos eran, en realidad, inmigrantes de fines del siglo XVIII), meditaban acerca de la inmigración, ésta seguía afluyendo en número cada vez mayor a la Argentina. El Censo de 1914 provee una imagen eficaz de esos inmigrantes y cuánto habían cambiado el rostro de la Argentina.

Los inmigrantes ascendían ahora casi al 30% de la población total de la Argentina.



Recién llegado de Medio Oriente. El "turco" se gana la vida con la venta de baratijas. Fotografía obtenida en 1905. Archivo General de la Nación. Buenos Aires.

Uno de cada tres vivía en la ciudad de Buenos Aires y ésta, junto con la provincia del mismo nombre y la de Santa Fe, continuaban reuniendo al 75% del total de inmigrantes. La presencia de éstos se había hecho, sin embargo, muy significativa en las provincias de Córdoba, donde eran el 20% de la población, en Mendoza, donde eran el 32% y en el territorio de La Pampa, donde eran el 36% del total, y en la Patagonia. Dado que los inmigrantes

eran mayoritariamente hombres en edad laboral, su presencia era aún más abrumadora entre los varones adultos, llegando incluso en lugares como Buenos Aires a ser el 70% de ellos. No es sorprendente, en ese contexto, que los inmigrantes estuvieran abrumadoramente representados entre los propietarios de industrias (en proporciones que giraban en torno al 90% en la ciudad de Buenos Aires), entre los comerciantes y, aún más en general, entre los propietarios urbanos. Si bien su presencia era menos relevante entre los grandes propietarios terratenientes (aunque aquí, entre los censados como argentinos, existía una buena proporción de hijos de extranjeros), entre los propietarios medianos y pequeños todos los grupos nacionales europeos (excepto los españoles) estaban abundantemente representados.

Ciertamente, no todos los inmigrantes llegados a la Argentina fueron exitosos, y distintas y opuestas trayectorias se detectan entre distintos grupos nacionales o regionales y dentro de ellos, tanto entre los que permanecieron como entre los que retornaron. Debe recordarse, una vez más, que algo menos de la mitad volvió a su país de origen y, sin dudas, no puede afirmarse que los retornados hubieran fracasado, sino que muchos tenían sus expectativas puestas en el país de origen, en el reconocimiento social que sólo podía brindarles su grupo de referencia, amigos y paisanos. Otros, como los "golondrinas", venían por períodos cortos de dos o tres años para levantar las cosechas (en muchos casos, en explotaciones cuyos propietarios o arrendatarios eran gente de su mismo pueblo o de su misma región) y volver al lugar de origen aprovechando salarios que permitían, comprimiendo al máximo el consumo, realizar un significativo ahorro.

Éxito y fracaso se mezclan, pues, entre los que permanecieron y entre los que retornaron. Mucho tuvieron que ver con ello las posibilidades que ofreciera la red social en la que estuvieran insertos al llegar al nuevo país y, dado el papel de las cadenas migratorias, ello tenía que ver con el éxito de los pioneros y esto, a su vez, con el momento de llegada al país (los primeros siempre encuentran mejores oportunidades) y con el mayor o menor prejuicio que enfrentarían por parte de los dadores de trabajo acerca de sus habilidades. En este sentido, aunque existían abundantes prejuicios de la elite nativa hacia los inmigrantes, éstos eran juzgados casi siempre como buenos trabajadores y preferidos a las clases populares nativas. Ello debe haber sido uno de los factores (junto con el hecho de que buena parte de los empleos trabajo-intensivos, urbanos o rurales, estaban en manos de extranjeros que preferían casi siempre emplear a sus paisanos o a sus connacionales) que explican el visible mayor éxito social y económico de los inmigrantes europeos y sus descendientes en la Argentina del litoral.

En términos comparativos se ha sostenido convincentemente que los italianos fueron más exitosos en la Argentina que en los Estados Unidos o Brasil antes de la Primera Guerra Mundial y lo mismo puede haber ocurrido con los españoles, desde luego comparando con Brasil pero también con Cuba. Sin embargo, en un grupo muy minoritario como los alemanes, o entre los judíos centroeuropeos —que fueron mucho más exitosos que los italianos en las ciudades del este norteamericano— las cosas pueden haber sido diferentes. ¿En qué medida ese éxito relativo facilitó la integración de los inmigrantes en la sociedad? El tema de la movilidad social, junto con el de la

débil base demográfica de la población nativa que le “impedía” asimilar la avalancha de recién llegados, han sido los grandes argumentos de los defensores de la sociedad argentina como una sociedad en la que el crisol de razas habría tenido lugar contemporáneamente a la inmigración de masas.

En realidad, en los últimos años ha existido un amplio debate entre los historiadores acerca de en qué medida los grupos étnicos que componían una sociedad heterogénea se habían fundido rápidamente y sin conflictos. La idea de la existencia de un “pluralismo cultural” en la Argentina anterior a la Primera Guerra Mundial tuvo numerosos prosélitos entre los estudiosos recientes, en oposición a la tesis sostenida por Gino Germani y sus seguidores. Planteado en términos tan generales, es decir como dos modelos de sociedad contrapuestos, la cuestión será siempre controversial e irresoluble empíricamente. Por lo demás, en toda sociedad se dan ciertos grados de integración y ciertos grados de segregación, y la pluralidad es un atributo inherente a toda sociedad compleja. Parece claro que, en el largo plazo, ese proceso se ha cumplido bastante exitosamente. Aunque ese crisol parece haberse producido más entre los hijos de los inmigrantes que entre éstos, que conservaron más fuerte el apego a la tierra de origen. Entre los descendientes, la mezcla parece, a su vez, haber sido más intensa entre descendientes de europeos entre sí que entre éstos y los nativos de las clases populares. Los prejuicios y la discriminación, existentes aún hoy, hacia las poblaciones de origen criollo o latinoamericano son, incluso enmascarados, siempre perceptibles y, desde luego, también fueron numerosos los prejuicios hacia aquellos grupos ultramarinos llamados “exóticos”.

El problema, complejo, puede analizarse sumariamente en dos planos. En primer lugar, el de las percepciones, imágenes y prejuicios de inmigrantes y nativos, o al menos de sus elites, de las que disponemos más información. En segundo lugar, a través de ciertos indicadores indirectos de la interacción social, como las pautas matrimoniales, residenciales y asociativas de los migrantes.

Las elites inmigrantes constituyen un buen punto de observación del primer problema. Sus polémicas fueron constantes con las elites nativas, pero también a veces con las de otras comunidades extranjeras (españoles e italianos fueron particularmente activos en este tipo de enfrentamientos entre sí), en defensa de las virtudes y ventajas de su propio grupo de origen ante los nativos o ante otros grupos inmigrantes. Fue en la década del ochenta cuando en las elites inmigratorias, que en gran medida compartían el universo ideológico de las elites nativas, una utilización del darwinismo social en una clave inversa se hizo particularmente frecuente. Algunos intelectuales italianos, que escribían en la prensa de su colectividad en Buenos Aires, insistieron en contraponer la selección de los más fuertes, que el hecho migratorio espontáneo produciría, a la muelle degeneración de una elite nativa no puramente blanca y a los despojos humanos que arribarían a estas playas de la Europa más avanzada a través del mecanismo artificial del subsidio. Esas imágenes, abundantemente presentes en la prensa de esos años de los grupos inmigrantes mayoritarios, subsistieron en las décadas siguientes.

Aquellas actitudes eran quizá más sistemáticamente despectivas hacia los nativos en otras minorías, que desde siempre habían gozado de un prestigio otorgado mucho mayor,

como la inglesa o la francesa. Que un joven aventurero francés, Paul Groussac, llegado a estas costas sin más formación que un curso incompleto en una academia militar, deviniese el más influyente intelectual argentino de fin de siglo, o que los pastores irlandeses (y no sólo ellos) enriquecidos se integrasen sin dificultad en las elites sociales y económicas, revelan las ventajas comparativas de que disponían ciertos grupos.

Las elites inmigrantes que poseían programas nacionalistas o patrióticos, en relación con sus naciones de origen, consiguieron en muchos momentos una vasta adhesión entre los inmigrantes. Serán acompañadas por grandes movilizaciones en torno a causas de las naciones de origen. La guerra de Cuba fue particularmente importante para las elites españolas y la ambición de hacer una colecta en la colectividad, para donar un barco de guerra a España, revela las desmesuradas ambiciones de la misma. En cualquier caso, poca duda hay de que ese momento, y la Primera Guerra Mundial para los italianos, constituyeron tiempos significativos de movilización de amplios grupos de inmigrantes detrás de ideales nacionalistas ligados a la patria de origen. A ello no era ajeno tampoco el hecho de que los nuevos inmigrantes, que llegaban con el nuevo siglo, estaban mucho más permeados que los precedentes por la retórica nacionalista y patriótica en sus naciones originarias, donde también la alfabetización y con ella la pedagogía cívica escolar se habían expandido (aunque mucho más en Italia que en España) y donde el clima "imperialista" se extendió a vastos sectores que devenían objeto de maniobras y propaganda política, en virtud del proceso en marcha de expansión del sufragio. El interés por las cosas de la nación de origen se

refleja en la expansión de la tirada de la misma prensa étnica.

Si se vuelve la mirada nuevamente sobre uno de los grupos mayoritarios, los italianos, y se observa la percepción que sus elites tenían de la cuestión de la integración a la sociedad argentina, la imagen coincide en varios puntos con la que percibían las elites nativas. La hostilidad a integrarse era retóricamente muy visible, la defensa de la italianidad era cerrada y la idea de considerarse a sí mismos "huéspedes" en la nueva sociedad bastante reveladora. Por lo demás, en las influyentes sociedades italianas de socorros mutuos (pero también en sus congéneres españolas), la adopción de la ciudadanía argentina implicaba, en casi todos los casos, la pérdida de los derechos sociales y la exclusión o expulsión de la entidad étnica.

Sin embargo, la adhesión de los inmigrantes anónimos a los mitos nacionalistas propuestos por las elites comunitarias era probablemente bastante irregular, más allá de los momentos de exaltación patriótica. Así, su asistencia a las escuelas comunitarias fue o inexistente (los intentos españoles por crearlas murieron casi en el inicio) o episódica. Las escuelas italianas consiguieron un fuerte desarrollo inicial pero comenzaron a decrecer aceleradamente desde fines del siglo XIX. Algo semejante ocurrió, en un ciclo más tardío, con las escuelas judías que eran más un fantasma para funcionarios del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública que un verdadero fenómeno de significación. La gran mayoría de los inmigrantes prefería, por entonces, una buena educación para sus hijos, antes que una educación étnica y, ahí donde la oferta escolar del Estado aparecía, el número de alumnos de las escuelas comunitarias descendía. Ello revela hasta qué punto para los inmigrantes la edu-

cación de sus hijos era instrumental a sus estrategias de vida y no funcional a una mitología patriótica, cualquiera ella fuese.

Aquellos campesinos provenientes de Europa, gran mayoría del flujo migratorio, eran objeto de una tenaz propaganda para incorporarse a identidades más amplias —que se pueden definir como simbólicas en tanto no basadas en relaciones sociales primarias—. Las elites comunitarias trataban de hacer de él un italiano o un español e imponerle una identidad nacional con fiestas patrióticas, conmemoraciones onomásticas, manifestaciones. Las elites argentinas, en cambio, intentaban hacer, desde instrumentos equivalentes, un argentino. Los efectos sobre los inmigrantes, en especial de las elites argentinas, fueron, si no modestos, al menos equívocos.

Las elites étnicas más exitosas, sin embargo, no eran una realidad homogénea y numerosos conflictos se desarrollaban en su interior, lo que disminuía su capacidad de contener la identidad de sus integrantes. Por lo demás, las mismas fuentes revelan que el proceso de integración social era mucho más acentuado que lo que los discursos de las elites pretendían en relación con la segunda generación, donde los medios con los que operaba el Estado argentino eran mucho más fuertes. Los hijos de los inmigrantes rompían u olvidaban los lazos con la madre patria, perdían la lengua de origen y se argentinizaban aceleradamente. Muchos observadores señalaban que a veces nada había más hostil para el propio grupo migratorio que descendientes del mismo. La prensa étnica nos revela muchos ejemplos, como el jefe de policía de la ciudad de Rosario hacia 1890, hijo de inmigrantes que se empeñaba en hostilizar las manifestaciones de los connacionales de sus antepasados, o como

aquellos jóvenes descendientes de inmigrantes que el retrato costumbrista de Fray Mocho delinea burlándose en el puerto de los recién desembarcados. Ramos Mejía, en su ensayo de fin de siglo, *Las multitudes argentinas*, veía a los hijos de los inmigrantes esforzada y grotescamente tratando de parecer argentinos. Nadie cantaba más fuerte el himno que ellos. En esto coincidía con la retórica del hijo de un inmigrante ruso, Alberto Gerchunoff, que imaginaba que el tipo social producido por aquella inmigración habían sido *Los gauchos judíos*, en lo que coincidía el Lugones de la “Oda a los ganados y las mieses”, que pensaba que éstos más que los otros grupos europeos incorporaban plenamente las virtudes del hombre de campo argentino.

La acción sobre los hijos permitió al Estado argentino ganar la partida en el largo plazo, pero es necesario recordar cuánto hicieron otras instituciones, como la Iglesia católica o el Partido Socialista, para forzar la integración, resistiendo la conformación de pastorales étnicas o de subagrupamientos por nacionalidad. Por su parte, los clubes deportivos y la música popular proveyeron de nuevos símbolos identificatorios que sustituyeron a los originarios.

Las vías anónimas e indirectas para analizar la integración social confirman nuevamente que ella no era ni significativa ni rápida como las imágenes literarias posteriores revelan. Numerosos estudios sobre los matrimonios de los inmigrantes, aunque no siempre coincidentes en sus conclusiones, comparten algunas adquisiciones: la tasa de endogamia era bastante más alta que lo que los estudios de los años sesenta sostenían y caía más tardíamente (aunque aquí parecen haber influido la continuidad de un flujo migratorio desde origen o el tamaño del grupo en cuestión). Era mucho

más alta entre quienes podían elegir entre un universo más amplio de opciones, como las mujeres —bastante raro es el casamiento de una inmigrante o hija de inmigrante con un nativo— y era igualmente elevada, pero algo más baja, entre los hombres extranjeros. Sin embargo, muchos de ellos buscaban esposa entre hijas argentinas de connacionales y compaisanos. Los matrimonios entre personas de una misma región y una misma comuna eran bastante significativos y ello revelaba tanto preferencias como pervivencia de relaciones sociales premigratorias. Los inmigrantes no sólo se estaban casando mayoritariamente en forma endogámica, sino que vivían bastante agrupados en el espacio según líneas aldeanas y participaban masivamente en las asociaciones étnicas, antes que de cualquier otro tipo.

Pese a esa fortaleza del movimiento asociativo, los hijos de los inmigrantes, como bien observaban alarmados las elites comunitarias y los viajeros que llegaban a Buenos Aires, desertaban masivamente de las entidades étnicas (sus registros de socios lo revelan); aunque se sabe poco de sus pautas matrimoniales y residenciales, es posible suponer que eran bastante más abiertas que las de sus padres. Todo parece indicar que los inmigrantes ejercían un tenaz esfuerzo por conservar sus relaciones sociales e ideales con el lugar de origen, pero no así sus hijos. Desde luego que el complejo problema de la movilidad social (desigual, fragmentaria, pero en sus grandes líneas, exitosa) también debe ser tomado en cuenta para analizar la integración de los hijos.

El balance es que una sociedad culturalmente plural existía en la Argentina anterior a la Primera Guerra Mundial y donde diferentes identidades se superponían. Ellas subsistieron mientras continuaron llegando migrantes, pe-

ro cuando un determinado flujo se interrumpía la vida comunitaria languidecía y la integración se aceleraba, como ocurrió entre las dos guerras mundiales. Por lo demás, esa pluralidad pudo ser menos conflictiva que en otras partes, quizá porque era más social que cultural, quizá porque operó en una economía en creciente expansión y con un mercado de trabajo fluido que daba muchas posibilidades laborales para todos. Un factor importante que permitía la coexistencia de fuertes identidades comunitarias con una sociedad no fragmentada pueden haber sido los puentes que vinculaban a los distintos grupos entre sí. En este pun-

to, instituciones étnicas, líderes y mediadores parecen haber jugado un papel muy significativo en articular la sociedad global con aquellos microcosmos organizados en torno a las redes sociales originarias que dominaban la sociabilidad cotidiana de los migrantes.

Los inmigrantes europeos, en su gran mayoría, no se habían propuesto cambiar a la Argentina sino encontrar una oportunidad para ellos y sus familias; sin embargo, lo hicieron y ellos mismos fueron transformados en el proceso. Al historiador le queda la difícil tarea de encontrar las huellas cotidianas de esos itinerarios.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

La historiografía sobre la inmigración es muy abundante y ha crecido en forma notable en los últimos años. Aquí sólo se pretende dar cuenta de los trabajos más recientes y en especial de aquellos que aspiran a innovar metodológica o interpretativamente.

Sobre los problemas generales de las causas de la emigración europea existen dos buenas visiones de conjunto: J. D. GOULD, "European Inter-Continental Emigration, 1815-1914: Patterns and Causes", en *The Journal of European Economic History*, vol. 8, N° 3, Roma, 1979, y D. BAINES, "European emigration, 1815-1930: looking at the emigration decision again", en *Economic History Review*, XLVII, 3, Londres, 1994, págs. 525-544. Acerca del caso argentino, R. CORTÉS CONDE, *El progreso argentino*, Buenos Aires, 1979 (que enfatiza la influencia del diferencial de salarios en la migración) y del mismo autor, "Migración, cambio agrícola y políticas de protección. El caso argentino", en N. SÁNCHEZ ALBORNOZ (comp.),

Espanoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930, Madrid, 1988, y E. MÍGUEZ, "Labor Market and Migrant Strategies in the Transatlantic Labor Flow to Argentina. An Overview", trabajo presentado al *XI Congreso Internacional de Historia Económica*, Milán, 1994 (que enfatiza como factor atractivo la expansión de la economía). Sobre cadenas migratorias para el caso argentino, es siempre necesario retornar al pionero artículo de S. BAILY, "Chain Migration of Italians to Argentina: Case Studies of the Agnonesi and the Sirolesi", en *Studi Emigrazione*, vol. 19, N° 65, Roma, 1982, págs. 73-91.

Las migraciones tempranas han tenido un significativo tratamiento en algunos grupos. Para los irlandeses, J. C. KOROL y H. SABATO, *Cómo fue la inmigración irlandesa a la Argentina*, Buenos Aires, 1981; para los vascos N. SIEGRIST DE GENTILE, *Inmigración vasca en la ciudad de Buenos Aires (1830-1850)*, Vitoria-Gasteiz, 1992, y para un período anterior C. A.

GARCÍA BELSUNCE, "Los vascos en Buenos Aires en 1810", en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *VI Congreso Internacional de Historia de América*, Buenos Aires, 1982; para los ligures, F. DEVOTO, "Liguri dell'America Australe. Reti sociali, immigrini, identità", en A. GIBELLI y P. RUGAFIORI (ed.), *Storia d'Italia Einaudi. Le Regioni: La Liguria*, Torino, 1994.

Existe abundante literatura sobre distintos flujos nacionales. Para los españoles B. SANCHEZ ALONSO, *La inmigración española en la Argentina*, Colombes, 1992 y el fundamental estudio de JOSÉ MOYA, *Cousins and Strangers. Spanish immigration in Buenos Aires, 1850-1930*, Berkeley-Los Angeles, 1998; para los italianos proveen visiones de conjunto E. SCARZANELLA, *Italiani d'Argentina. Storie di contadini, industriali e missionari italiani in Argentina, 1850-1912*, Padova, 1983, y F. DEVOTO, *Le migrazioni italiane in Argentina. Un saggio interpretativo*, Napoli. Para los alemanes en Buenos Aires, R. NEWTON, *German Buenos Aires, 1900-1933. Social Change and Cultural Crisis*, Austin, 1977, y para los alemanes del Volga, O. WEYNE, *El último puerto. Del Rhin al Volga y del Volga al Plata*, Buenos Aires, 1987. Para la inmigración judía en el período considerado sigue siendo útil H. AVNI, *Argentina y la historia de la inmigración judía, 1810-1950*, Buenos Aires, 1983. Sobre portugueses, franceses y daneses existen tres remarcables tesis de doctorado inéditas de M. BORGES, "Portuguese in Two Worlds: A Historical Study of Migration from Algarve to Argentina", tesis de doctorado, Rutgers University (Nueva Jersey), 1997; M. BJERG, "Dinamarca bajo la Cruz del Sur. Los asentamientos daneses de la Argentina (1848-1930)", tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, 1994, y H. OTERO, "L'immigration française à Tandil (1850-1914)", tesis

de doctorado, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1993. Los tres han publicado aspectos parciales de las mismas en artículos de la revista *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (en adelante, *EML*), Buenos Aires.

Sobre imágenes de la inmigración existen estudios de T. HALPERÍN DONGHI, "Para qué la inmigración. Ideología y política migratoria y aceleración del proceso modernizador. El caso argentino", en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, Colonia, 1976, págs. 437-489; F. DEVOTO, "Acerca de la construcción de la identidad nacional en un país de inmigrantes. El caso argentino (1852-1930)", en AUTORES VARIOS, *Historia y presente en América Latina*, Valencia, 1996, págs. 95-126. Sobre la literatura siguen teniendo interés los antiguos ensayos de G. ONEGA, *La inmigración en la literatura argentina (1880-1930)*, Buenos Aires, 1982, y D. VIÑAS, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, 1968, y sobre la cuestión de la asimilación lingüística, B. FONTANELLA DE WEINBERG, *La asimilación lingüística de los inmigrantes. Mantenimiento y cambio de la lengua en el sudeste bonaerense*, Bahía Blanca, 1979. Los debates acerca de la construcción de la nacionalidad son tratados en varios trabajos de L. BERTONI. Acerca de políticas y legislación migratoria, O. ENSINCK, *Historia de la inmigración y la colonización en la provincia de Santa Fe*, Buenos Aires, 1979 y AUTORES VARIOS, *Jornadas de Inmigración*, Buenos Aires, 1985.

Acerca de la cuestión de la movilidad social es útil volver a partir de G. GERMANI, *Estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, 1988 (primera edición, 1955). Trabajos microhistóricos más recientes discuten las premisas teóricas y los resultados, como el de M. L. DA ORDEN, "Inmigración, movilidad ocupacional

y expansión urbana: el caso de los españoles de Mar del Plata”, en *EML*, año 7, N° 21, Buenos Aires, 1992, págs. 309-343, y el de D. MARQUEGUI, “Migración en cadena, redes y movilidad social. Reflexiones a partir de los sorianos y albaneses de Luján, 1889-1920”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 5, N° 1, Tel Aviv, 1994, págs. 115-136. Acerca del problema de la integración social, un largo camino metodológico se ha recorrido desde G. GERMANI, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, 1965, a M. SZUCHMAN, *Mobility and Integration in Urban Argentina. Cordoba in the Liberal Era*, Austin, 1980, y otro no menos importante desde éste a los trabajos reunidos en M. BJERG y H. OTERO (comp.), *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, Tandil, 1995. Acerca de matrimonios, la literatura es muy abundante, desde C. SILBERSTEIN, “Inmigración y selección matrimonial: el caso de los italianos en Rosario (1870-1910)”, en *EML*, año 6, N° 18, Buenos Aires, 1991, págs. 161-190, a S. MALUENDRES, “Los migrantes y sus hijos ante el matrimonio: un estudio comparativo entre alemanes de Rusia, españoles e italianos en Guatrache (La Pampa), en la misma publicación anterior, págs. 191-222. Sobre el problema más general del debate “pluralismo cultural” contra “crisol de razas”, hay una revisión historiográfica en F. DEVOTO, *Movimientos migratorios: historiografía y problemas*, Buenos Aires, y un balance crítico hacia las nuevas tendencias en H. SÁBATO, “El pluralismo cultural en la Argentina. Un balance crítico”, en COMITÉ INTERNACIONAL DE CIENCIAS HISTÓRICAS-COMITÉ ARGENTINO, *Historiografía argentina*, Buenos Aires, 1990, págs. 350-366. Apoyados en evidencia empírica sobre matrimonios, reproponen una defensa del “crisol de

razas” E. MÍGUEZ y otros, “Hasta que la Argentina nos una: reconsiderando las pautas matrimoniales de los inmigrantes, el crisol de razas y el pluralismo cultural”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 71, N° 4, págs. 781-808. También es abundante la literatura sobre sociedades de socorros mutuos; un primer conjunto aparece reunido en F. DEVOTO y E. MÍGUEZ, *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica. Los italianos en América Latina en una perspectiva comparada*, Buenos Aires, 1990. Sobre liderazgo étnico existen importantes aportes para los italianos en R. GANDOLFO, “Notas sobre la elite de una comunidad emigrada en cadena: el caso de los agnones”, en *EML*, año 3, N° 8, Buenos Aires, 1988, págs. 555-561 y C. SILBERSTEIN, “Parenti, negozianti e dirigenti: la prima dirigenza italiana di Rosario (1860-1890)”, en G. ROSOLI (ed.), *Identità degli Italiani in Argentina. Reti sociali, Famiglia, Lavoro*, Roma, 1993, págs. 129-168, y para los españoles en A. FERNÁNDEZ, “Patria y cultura. Aspectos de la acción de la elite española de Buenos Aires (1890-1920)”, en *EML*, año 2, N° 6-7, Buenos Aires, 1987, págs. 291-307, y sobre los gallegos en X. M. NÚÑEZ SEIXAS, *Emigrantes, caciques e indios*, Vigo, 1998.

El comparativismo ha tenido algun desarrollo pero en relación con el caso norteamericano; permanece casi inexplorada la confrontación con otros casos latinoamericanos, como el Brasil. Para el caso italiano, H. S. KLEIN, “The Integration of Italian Immigrants into the United States and Argentina: A Comparative Analysis”, y sobre todo de S. BAILY, “The Adjustment of Italian Immigrants in Buenos Aires and New York, 1870-1914”, ambos en *American Historical Review*, año 88, N° 2, 1983, págs. 306-334 y 281-305. Del artículo de Klein existe una edición en

castellano publicada por la revista *Desarrollo Económico*. Acaba de aparecer el importante libro de S. BAILY, *Immigrants in the Lands of Promise. Italians in Buenos Aires and New York City, 1870-1914*, Ithaca, 1999. Para la comparación con Brasil existe un interesante artículo de A. TRENTO, "Argentina e Brasile come paesi di immigrazione nella pubblicistica italiana (1860-1930)", en F. DEVOTO y G. ROSOLI (ed.), *L'Italia nella società argentina*, Roma, 1988, págs. 190-210. Sobre los alema-

nes, véase el trabajo pionero de W. KAMPHOEFNER, "Who went South? Destination for 19th Century German Emigrants", trabajo presentado en el *XII Congreso Internacional de Historia Económica*, Madrid, 1998, y sobre los vascos, el antiguo artículo de W. DOUGLASS, "Basque Immigrants. Contrasting patterns of adaptation in Argentina and the American West", en *Current Anthropology. Essays in Honor of Sol Tax*, Paris-La Haya, 1976, págs. 287-303.